

# Saramago y el cinismo religioso

46

Ergoletrias



*Danny Patricia Cruz Oliveros*

Lic. En lengua castellana

En la historia, el sujeto se ha enmarañado en un sinnúmero de ideologías que impregnan la expresión de su ser y la manifestación de sus pulsiones, término empleado por Sigmund Freud. Las ideologías han hecho que los seres humanos luchen por el poder, lo que hoy se vive entre Estados y que se materializa en la economía, la política, la cultura y en las relaciones entre los sujetos. Hoy, el poder domina el mundo en constante avance económico, político y tecnológico, pero el sujeto, al parecer, no ha comprendido tal dominio y avance, puesto que ha aceptado la posesión de la propiedad privada y la lucha por conservarla.

Esta propiedad se sitúa en las leyes del capital, una de las cuales se expresa en términos económicos como la oferta y la demanda, y que se reflejan en dos clases sociales que el capitalismo “resguarda”, dado que el descuido de estas dos provocaría un colapso económico. La primera clase corresponde a la fuerza de trabajo, o el proletariado, mientras la segunda provee todo lo necesario para que el producto en sí sea configurado, y corresponde a la burguesía. Estas dos clases sociales, dentro del capitalismo, se necesitan para subsistir.

Asimismo, la lucha por el poder en una sociedad patriarcal, es decir, que ha sido pensada

para hombres y por hombres y no para todos los seres humanos, ha suprimiendo la dignidad de la mujer, reduciéndola a una propiedad más, mientras ella parece aceptar dicha condición, razón por la que no espera más que seguir relegada a espacios como la casa y el trabajo.

Debe considerarse que la discriminación de la mujer gana mayor intensidad cuando el judeocristianismo se apropia del mundo occidental; la moral y las leyes de comportamiento impuestos por el cristianismo hacen de la mujer un ser a disposición del género masculino: el padre o el esposo. Así, en una cultura “civilizada”, la mujer es marginada y cosificada.

Y para quienes son conscientes de esta desigualdad es prioridad ponerla en evidencia. El escritor portugués, José Saramago, en su novela *El evangelio según Jesucristo* (2006) muestra que el origen del machismo está en el judeocristiano, a través de personajes de su novela, como María, quien representa el tipo de mujer de esa ideología religiosa. Desde otro ángulo, muestra la historia predicada en las iglesias sobre el nacimiento de Jesús y nos señala la condición humana de María, José y Jesús, entre otros, quienes hoy son venerados. También realiza una contextualización en la época en que acontecieron tales digresiones.

En esa línea, el autor muestra rasgos quínicos en su expresión literaria, pues es inevitable no identificar la carga irónica con que describe a María Magdalena y a la Virgen María; y al describir a un carpintero, llamado José, quien encarna a la perfección el rol de hombre de aquella época. Sobre el hombre quínico, en este caso José Saramago como escritor, en el ensayo *El sujeto quínico en El Mundo Alucinante*, Elmer Hernández afirma:

Se trata de un sujeto extraño, una especie de anomalía, una pieza astillada del engranaje; esto es: un sujeto desajustado que porta un saber más enrarecido y anómalo todavía... Y que además sabe decir y reír como sólo los sujetos dicen y ríen:

a golpes de humana conciencia (2013, p. 141).

Si el sujeto quínico es quien se burla del cinismo del poder, un poder sostenido en falsas verdades y manifiesto en todas las dimensiones de la sociedad, podemos concebir a Saramago como un sujeto quínico, pues degrada al poder religioso desde las mismas escrituras que sostienen sus ideologías y a partir de la escritura como expresión del sujeto. Al respecto, Hernández contrapone al sujeto quínico un sujeto cínico, entregado al poder:

Apagados los fogones de su crítica, impotente y humillada, pero todavía con la enciclopedia en andas, la conciencia ilustrada se entregó a los brazos del poder, y allí se dio cuenta de que seguía siendo ilustrada y seguía siendo conciencia, aunque no de sí, como toda conciencia, sino del poder, como toda conciencia falaz; y entonces no le quedó más que reír, y no con la carcajada triunfante del poder acogedor sino con un gesto constreñido y doble, por cuanto miente: el cinismo propio de la falsa conciencia ilustrada, al decir de Peter Sloterdijk (1989) en la *Crítica de la razón cínica*. (2013, p. 140)

Según Hernández, la conciencia del sujeto se ha degradado por los diversos poderes instaurados en la sociedad. Es decir, las luchas de poderes travesean con los sujetos: sus pensamientos, sus ideales y sus saberes. En ese sentido, el poder cínico, aparte del despliegue de la fuerza, se sustenta en un saber que, por demás, es cínico, puesto que miente para lograr el sostenimiento de los intereses de un determinado grupo social o un individuo.

Por ello, hay estrechas relaciones entre la *Crítica de la razón cínica*, de Peter Sloterdijk, y la novela de Saramago, *El evangelio según Jesucristo*. Un aspecto es la manera como Saramago concibe la palabra, aquella que practica y aplica en su escritura, su única arma para defender y expresar su pensamiento. Se

convierte en una necesidad ofrecerle al mundo diferentes perspectivas o desenmascaramiento de las verdades impuestas, en este caso el evangelio.

Saramago concibe la palabra como la herramienta con que expresa su literatura, su arte, su ser. En *El Evangelio según Jesucristo*, y mediante metáforas y diálogos separados por comas, expresa su posición frente a la religión, de modo que a través de la novela hace una furtiva burla de lo que se ha enseñado y creído por la fe. El aspecto fundamental de la novela es el evangelio y su degeneración, por cuanto la iglesia se ha apropiado de un sinfín de historias y las ha develado de una forma casi fantástica, omitiendo un contexto que muestra acciones completamente opuestas, como lo es el caso del mismísimo José, padre putativo de Jesús.

No obstante, debe aclararse que para el desarrollo de este texto se requiere establecer el inicio de la religión judeocristiana, puesto que de allí se desprende el concepto de mujer, propio de nuestros tiempos. El judeocristianismo aparece en el siglo I d.C. A partir de allí, los conceptos de vida, mujer y sujeto se transforman, pues la moral instaurada por la nueva religión fue en exceso estricta, si se compara con la moral de la decadencia del Imperio Romano, donde se permitía el goce en sí; es decir, sin temor ni culpas, el sujeto se entregaba al hedonismo. De allí resultó la gran controversia entre el politeísmo romano y el monoteísmo cristiano.

En esas circunstancias, la religión judeocristiana se aprovechó del desbordamiento que vivía el sujeto inmerso en el goce por el goce, e impuso sus preceptos morales: se valió de la condición hedonista del romano para destacar aquellas “almas” apartadas de los excesos y las acciones poco “santas”, y por la manipulación impuso su credo. Una manipulación basada en el miedo innato del ser humano a lo que podría existir después de la muerte.

Y Saramago, a través del narrador y sus personajes, degrada esta concepción religiosa y su fundamento histórico-cultural, puesto que para él la religión, en uso de un dios, reprime de los sujetos sus expresiones más normales, como la sexualidad. Pero de los sujetos, sus dos géneros no son reprimidos por igual, pues en esos tiempos a la mujer se le daba un trato mucho más inhumano que al hombre. Saramago (2006) lo expresa así:

Hablarles poco y oírlos aún menos, es la divisa de todo hombre prudente que no haya olvidado los avisos del rabino Josephat ben Yohanán, palabras sabias entre las que más lo sean. A la hora de la muerte se pedirán cuentas al varón por cada conversación innecesaria que hubiere tenido con su mujer. (p. 13)

Y Sloterdijk (1989, p. 59), en su libro *Crítica de la razón cínica*, expresa que uno de los poderes más cínicos a los cuales el sujeto se rinde, sin notarlo, es la religión. A su vez, vista en perspectiva de *El evangelio según Jesucristo*, la religión no es más que una serie de engaños y falsedades consecutivas, unas verdades dichas a



me -  
dias y  
utiliza - das con el fin de  
ejercer el control de la sociedad y los  
sujetos, por lo que surge la pregunta:  
¿por qué el poder de Estado  
ha sido constante en su relación con la religión?  
Y la respuesta es que la religión le brinda al  
Estado no solo protec-



ción sino que hace que el pueblo le obedezca, lo que hace cínicos al Estado y a la institución religiosa.

Y Saramago plantea la falsedad que la religión le ofrece al sujeto y el modo como ha reducido el concepto de mujer; esto es, de considerarse sujeto a considerarse objeto. En el inicio de la novela se muestra a la María de la época, mujer de dieciséis años que debió casarse y subordinarse a su esposo, José, quien la desprecia por ser el símbolo del pecado, pues le recuerda a la Eva que en el Génesis incita a Adán al “error o pecado”. Y los hombres, por temor y debilidad de carácter, consecuencia de la alienación cultural, ven a la mujer como causa de su deshonra, pero tampoco son capaces de abstenerse del “pecado”. Y de ello se mofa Saramago (2006) mientras señala el embuste de la religión ante el sujeto sometido:

No obstante, y teniendo en cuenta el grado de divulgación, operada por artes mayores y menores, de estas iconografías, sólo un habitante de otro planeta, suponiendo que en él no se hubiera repetido alguna vez, o incluso estre-

nado, este drama, sólo ese ser, en verdad inimaginable, ignoraría que la afligida mujer es la viuda de un carpintero llamado José y madre de numerosos hijos e hijas, aunque sólo uno de ellos,

por imperativos del destino o de quien lo gobierna, haya llegado a prosperar, en vida de manera mediocre, rotundamente después de la muerte. (2006, p. 4-5)

Saramago, escritor contemporáneo, alude a nuestra sociedad, ente empapado de religión judeocristiana. Se sabe que la mayoría de la población está impregnada del judeocristianismo; y en perspectiva histórica, nuestros indígenas murieron por creer en dioses que los dejaron solos cuando un dios ajeno los devoró pedazo a pedazo... El dios judeocristiano los caracterizó de bestias y les negó su condición humana. Y ello es una muestra del drama que aborda Saramago, pues toda persona que se aproxime a esta obra sabrá de qué se trata, pues todos estamos alienados por esa religión, fenómeno que se muestra en los temores suscitados en la mayoría de la población occidental, miedo a su autonomía, por ejemplo.

De esta forma, y a través de los siglos, la religión católica ha impuesto una moral global, tendiente a reprimir las pasiones del sujeto y su instinto de vida, a pesar de que debe saberse que la vida es una y debe vivirse, lo que requiere del sujeto un ejercicio de la libertad que, a su vez, al poder no le conviene. Por ello, con su doble faz, la religión católica le indica a los sujetos vivir la vida, pero en la observancia de sus mandamientos; de otro modo, deben rendirle cuentas a la muerte, en este caso a Satanás y el infierno, pues es de recordar que para que el bien prospere es necesario el mal, si no, no habría ninguna justificación de un bien por sí mismo, y en eso consiste el triunfo de la manipulación de la Iglesia a partir del fenómeno de la muerte. Sloterdijk, en *Crítica de la razón cínica*, advierte:

Tan pronto como el cristianismo se reconozca en la calavera como un espejo, puede llegar allí donde el miedo a la muerte retrocede ante el miedo de no ha-

ber vivido. Entonces comprende lo que significa exactamente el < puto mundo >, subir a la cama con él representa una oportunidad de vida irrepetible. (1989, p. 89)

La religión, como lo describe Sloterdijk, se apoya en el miedo a la muerte para gobernar a los sujetos. Cuando la religión toma posesión de este miedo dispone de un hacer y deshacer en la sociedad, pues cuenta con toda la creencia de las personas, facilitando así los dictámenes de la iglesia, la cual cree tener el derecho de poseer “la palabra de dios”. Así formados, los sujetos se apropian de esta ideología, de modo que la mujer, en su condición degradada, no puede hacer mucho, pues los ministros de dios le han indicado que debe someterse a su padre, su esposo y sus hijos. La mujer, a través de María, asume la condición de sometimiento:

Mientras ella se bajaba la túnica y se cubría con la sábana, tapándose después la cara con el antebrazo, él, de pie en medio de la casa, con las manos levantadas, mirando al techo, pronunció aquella oración, terrible sobre todas, a los hombres reservada, Alabado seas tú, Señor, nuestro Dios, rey del universo, por no haberme hecho mujer. (Saramago, 2006, p. 10)

José satisface sus instintos sexuales y María se presta para ello, pues, si recordamos, es el papel de la mujer: satisfacer al esposo en lo que le plazca. Esta es la mujer creada por el judeocristianismo: resignada, oprimida y relegada en todos los aspectos de la vida, de lo más íntimo a lo más social. Pero Sloterdijk (1889) muestra la ignorancia de los hombres, como en la escena de María y José, y recuerda algunas actitudes más sinceras en la Grecia Antigua: “(...) el quinismo sexual está en juego tanto cuando Diógenes se satisface a sí mismo ante los ojos de todos, como cuando las amas de casa o las hetairas hacen sentir a los filósofos inteligentes los poderes femeninos” (, p. 54).

Es decir, que a pesar de que la mujer es relegada a labores del hogar y la crianza de los hijos en la sociedad griega, la mujer asume una actitud quínica frente al goce, desvirtuando a filósofos como Platón, cuya teoría es fundamento del catolicismo: el alma, que debe ser pura, se separa del cuerpo que es corrupto y conducente al pecado, lo que lleva a una doble moral por la imposibilidad de separar el cuerpo del alma y al humano de la sexualidad.

Es claro que la filosofía platónica sostiene en gran medida a la religión católica. Por ejemplo, en *La república*, Capítulo V, Platón (1992) concibe a la mujer como un ser inferior al hombre, al decir que aquel hombre que no ejerciera en la vida terrenal su alma racional, al morir reencarnaría en una mujer. Ante este pensamiento, Saramago emplea su sentido quínico para desenmascarar no solo las falacias de la religión sino sus consecuencias. En *El evangelio según Jesucristo* se presenta un episodio de los cinismos de Estado y de la iglesia; se trata de cómo, a pesar de haber mayoría de mujeres, les es negada la posibilidad de entrar a la sinagoga si no hay al menos un número de diez hombres; pues los hombres son los únicos a quienes se les atribuye la palabra humano.

Como se evidencia, la mujer no tiene derechos y es subordinada al hombre, opresión otorgada por la iglesia, entre otras formas de poder. Cuando Saramago une estos dos elementos, le muestra al lector el modo como la tradición judeocristiana ha promovido el machismo. Al respecto, debe considerarse que el machismo no afecta solo a las mujeres; los hombres se afectan por este fenómeno cultural al seguir un rol que los excede: deben concebirse como fuertes y evitar las demostraciones afectivas, entre otras, propias de la condición humana, pero negadas por el poder de la iglesia, un poder que manipula las masas, sin que le importe lo que acontezca en el destino de sus seguidores y los daños ocasionados por sus represiones.

Porque este poder, en su ambición de controlar, afecta de manera sensible los aspectos

más significativos del ser humano, como su capacidad de razonar, aquella que le permite al sujeto tomar decisiones y ejercer su autonomía; la iglesia establece lo que se debe hacer y lo que no, de modo que le evita al sujeto el trago amargo de pensar y decidir.

Y como ya se señaló, para el judeocristianismo la sexualidad es degradada, puesto que no se concibe como el natural encuentro de cuerpos y almas en busca de goce y reconocimiento, sino como seres en pecado que, además, deben reproducirse; ¿pero la reproducción desde qué criterio?, desde la satisfacción del varón y su voluntad de descendencia. Por ello, la religión sostiene la sexualidad sobre un carácter cínico, porque ejerce sobre ella un poder que limita sus posibilidades expresivas: debe reducirse a la descendencia, desconociendo el placer de los cuerpos que se entregan al amor y al erotismo. Y así, en cumplimiento del fin de la sexualidad, la mujer debe parir y parir, sin que se consideren sus deseos e ideales.

En síntesis, la sexualidad se concibe como acto reproductivo y no como expresión del ser, y la preñez se concibe como la justificación del placer propio de los varones. La mujer en cinta es máquina dadora de vida. Los embarazos fuera del matrimonio son juzgados por la moral; el feto debe encarnar al varón, pues hasta la misma madre no le desea su suerte a otra mujer, y menos si es su hija. En María, Saramago (2006) expresa tal desesperación: “Dios quiera que sea niño, pensaba José algunas veces a lo largo del día, y María pensaba, Dios quiera que sea niño, pero las razones por las que esto pensaba no eran las mismas.” (p. 17).

Por tanto, esta condición lleva a la mujer a que no desee parir mujeres, pues mujer es sinónimo de pecado, debilidad, sumisión e incapacidad, entre otros aspectos degradantes. Por consiguiente, hoy no se evidencia el deseo de no parir mujeres sino el deseo de no parir, pues nuestra sociedad se ha encargado de sancionar todo lo relacionado con la maternidad, a través de las limitaciones sociales y laborales, entre otros, que implican a la madre.

A manera de conclusión, Saramago y Sloterdijk señalan el cinismo de la religión; en una actitud quínica, desenmascaran su verdad y muestran las artimañas filosóficas y políticas de que se vale para someter a los pueblos y los sujetos. Estos escritores muestran que, a través de la reflexión, se pueden develar las farsas de la sociedad, nos muestran la realidad social y nos llevan a confrontarnos... Si se recuerda a Aristóteles, hacemos Catarsis con sus obras, pues nos enfrentan a nosotros mismos y nos ponen en evidencia.

### Referencias

Hernández, E. (2013). Marginalia III: Relecturas del Canon Literario. En: Universidad La Gran Colombia (ed). El quimismo en el mundo alucinante de Reinaldo Arenas. (pp. 139-146) Armenia, 2013.

Miranda, E. JOSÉ SARAGAMO. REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA Y OTROS ENUNCIADOS. Recuperado de: [file:///C:/Users/14-F002LA/Downloads/ENTREVISTA%20A%20JOS%C3%89%20SARAGAMO%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/14-F002LA/Downloads/ENTREVISTA%20A%20JOS%C3%89%20SARAGAMO%20(1).pdf)

Saramago, J. (2006). El evangelio según Jesucristo. Punto de lectura. Rescatado de: [http://eruizf.com/masonico/anexo/apocrifos/apocrifos\\_el\\_evangelio\\_segun\\_jesucristo.pdf](http://eruizf.com/masonico/anexo/apocrifos/apocrifos_el_evangelio_segun_jesucristo.pdf)

Sloterdijk, P. (1989). La crítica de la razón cínica, tomo II. Madrid: Alfaguara.

Platón. (1993). La república. Madrid: Alta-ya